

El hada perdida

By Miriam Eloísa García Herrera

Qué fría se sentía la mano de papá aquella mañana en que se disponían a abordar el tren de la estación Penn en Nueva York. Con el gorrito rosa calado hasta las orejas, Carol guardaba silencio. En el bolsillo izquierdo del abrigo color tinto llevaba una foto en la que aparecían papá, mamá, Donna y ella, la foto estaba arrugada de tanto tenerla en la mano. La imagen mostraba a papá y mamá sonriendo, abrazando a dos niñas con vestidos iguales, tan iguales como sus rostros. De fondo se veía un agradable jardín con flores, pero Carol sabía que era falso, el fotógrafo los había retratado enfrente de una pantalla azul y después les dijo que eligieran una imagen entre varias que les mostró en un catálogo. Ella y Donna habían insistido mucho en aquel fondo, y mamá y papá no tuvieron más remedio que acceder con una sonrisa. Qué felices parecían mamá y Donna, qué distintas estaban en esa foto en comparación a cómo se veían dentro de sus ataúdes, aquella mañana en que había sido el funeral.

Papá apretó la mano de Carol, “vas a estar bien con tu tío Roger y la tía Charlotte”. Carol no contestó, metió la mano en el bolsillo izquierdo y acarició la foto con los dedos, como si al hacer eso pudiera tener un contacto más real y más cálido de su madre y su hermana, a las que extrañaba mucho. Papá tiró de su manita, ella conocía muy bien la orden implícita en ese contacto, que demandaba a sus pies ponerse en marcha junto a su padre. Sus pies daban muchos pasos cortos, en comparación a los pasos largos de papá. Abordaron el tren con destino a Syracuse.

Todo el camino los ojos de la niña alternaban entre el paisaje y papá, el paisaje y papá, el paisaje, el paisaje, el paisaje y el ansioso papá que no dejaba de pasarse las palmas de las manos en el pantalón café. De nuevo el paisaje, el paisaje, y los recuerdos; la tarde en que mamá dijo “tengo que ir a comprar algo al minisúper” y Donna, con los ojos brillantes como gotas de rocío exclamó “voy contigo, mamá”. Papá le dijo que no fuera, que él podía ir, pero mamá respondió, “estás cansado después este largo día de trabajo, ya no quiero que salgas, déjame a mí”, y Donna saltando en torno a mamá, “quiero ir contigo, quiero ir contigo, yo ya terminé la tarea”, “yo también quiero ir”, suplicó Carol, “¿tú también ya terminaste los deberes?” preguntó mamá con las cejas arqueadas y el índice apuntando hacia ella, Carol no pudo mentir, así que se fueron mamá y Donna. Pero ya no regresaron.

La vista de Carol estaba perdida en apariencia en el paisaje, pero en realidad ya no veía hacia afuera, ahora estaba enfocada en su reflejo apenas nítido en el cristal de la ventana, le hubiera gustado llamarla “Donna”, pero sabía muy bien que solo era el eco de su imagen, ya no había dos niñas iguales, solo una. De nuevo recordó las horas sin que mamá y Donna regresaran, luego una llamada telefónica, papá apurado, ella al cuidado de la vecina en lo que papá regresaba de quién sabe dónde. Después la noticia, mamá y Donna estaban muertas, no volverían más. De nuevo el paisaje, las nubes sin forma de animales o cosas, solo nubes que ya no se parecían a nada, no como antes, cuando ella y Donna apuntaban al cielo y descubrían algo en todos aquellos cúmulos esponjosos de vapor de agua. Carol fue del paisaje al reflejo, tan parecido a su hermana y tan mudo; del reflejo al funeral, ella con jeans y un suéter violeta de cuello de tortuga, papá de negro, al igual que todos los demás, las voces de la vecina, de los parientes lejanos a los que no había visto en años y otros a los que no había visto nunca, llorando, comentando “pobre de ella, y qué

tragedia de la niña”, por allá un “¿cómo sucedió?” seguido de “un conductor ebrio perdió el control y se subió a la banqueta”. Carol se preguntó mucho qué significaba eso, *ebrio*. Lo supo un par de semanas después, cuando descubrió a papá dormido en la mesa del comedor, sin coordinación, sin razón, sin fuerzas para levantarse de la silla, sin voluntad para despegar los dedos del vaso de cristal que tenía frente a sí.

El tren avanzaba dejando Nueva York atrás con aquel repetitivo y veloz sonido de las ruedas, tan repetitivo como las noches en que, después del trabajo, papá se quedó solo en el comedor en compañía del Jack Daniel’s y el vaso de cristal, bebiendo hasta quedarse dormido, con los puños de la camisa arremangados, el cabello castaño enmarañado y la expresión del rostro descompuesta, la boca torcida en una mueca que parecía un grito, pero que no decía nada, solo emitía un ronquido seco, y cuando Carol se acercaba él siempre repetía, “¡lárgate, déjame solo! ¡Tú mamá te dijo que terminarás la tarea!”. Pero no era lo mismo sentarse sola a completar los deberes de la escuela sin Donna, no era lo mismo ir a la escuela, ahora se sentía todo tan solitario, ya nadie se equivocaba llamándola a veces Carol a veces Donna, ahora todos sabían que ella era Carol, y el saberse siempre identificada era intimidante.

Adelante estaba Syracuse, donde sus tíos y su prima esperaban por ella. Carol no podía estar con papá, eso es lo que había dicho la mujer sería de piel oscura, cabello recogido en una coleta y traje de falda y blusa, eso había sido poco después de que papá dejara de ir a la oficina, porque aparentemente ya no lo querían más ahí. La mujer había visto a Carol con simpatía y a papá con mucha dureza, sus palabras habían sido determinantes, “señor, si no recibe ayuda, enviaremos a Carol a un hogar adoptivo”. Papá tomó una decisión: “hijita, no puedo cuidarte, antes debo calmarme y... y... estar bien para ti, por eso te voy a mandar con tus tíos... ¿cuánto tiempo?... no lo sé..., mira, no te preocupes, la tía Charlotte es muy buena, quizá ya no te acuerdes de la casa de tus tíos porque la última vez que la viste fue hace años. Ellos son buenas personas”. Carol se limpió la nariz con la manga del abrigo, tenía ganas de picarse con el dedo la fosa izquierda, pero no quería que papá la viera para que no la regañara. Claro que se acordaba de la tía Charlotte, tenía una casa llena de porquerías por todas partes, ropa, libros, bolsas, juguetes, postales, figuras de plástico, de todo. En aquella ocasión en que estuvieron ahí, a Carol y a Donna les dio la impresión de que la tía Charlotte tenía una casa tan llena de cosas, que hacía parecer su hogar en Nueva York vacío.

Llegaron a su destino, el tren se detuvo. Bajaron, ahí en la estación ya estaba esperando el tío Roger. Papá de nuevo les dio las gracias por aceptar encargarse de su hija, él le dijo que no se preocupara, que la pequeña estaría bien. Carol escuchaba todo, aún con las ganas de picarse la nariz. Después de eso papá se puso en cuclillas, “ya me voy” le dijo tomándola por los hombros, “pórtate bien, en cuanto me sea posible vendré a verte”. Carol le dio un abrazo, no quería que papá se fuera, pero él ya se lo había dicho, era necesario. Sus mejillas recibieron besos de papá, la sensación que ella tuvo fue incómoda, como si cada beso fuera pesado y dejara marcas calientes en su cara. “Adiós Carol”, le dijo y se alejó de ellos, dispuesto a volver a abordar el tren. Ella y el tío Roger observaron a papá unos instantes, después de eso el tío Roger sujetó la maleta de Carol con una mano, a ella con la otra y le indicó que lo siguiera. Obedeció en silencio, con las mejillas todavía palpitando en el punto en el que papá la había besado.

Los tíos vivían cerca del lago Onondaga. En el camino Carol se mantuvo callada. El tío Roger trató de extraer algunas palabras de la pequeña, pero Carol no tenía ganas de hablar, esa emoción por abrir la boca y liberar en palabras como gaviotas los pensamientos de su pequeña cabeza se había reducido mucho desde la muerte de mamá y de su gemela. Apenas y le contestó algunos monosílabos al tío Roger. Él tenía un aspecto bonachón, con aquel rostro pálido lleno de

arrugas, los ojos azules y la barba como de dos días, sus pantalones vaqueros y la camisa a cuadros. De cierta forma, se sintió aliviada cuando él dijo: “no dices mucho, pequeña. No te preocupes, en realidad yo tampoco, pero seguro que te entenderás con Amber”. Carol apretó los puños al pensar en su prima, recordaba haber jugado con ella siendo menor. Otra niña en casa; no era Donna, pero al menos habría otra niña.

Llegaron a su destino, descendieron del auto. Carol contuvo el aliento, casi podía oler el polvo de los cientos de cosas que la tía Charlotte tenía por todas partes, las imaginó en el piso, sobre los muebles; su intuición le dijo que, si entonces la tía Charlotte tenía la casa tan llena de objetos, la mayoría basura, quizá ahora sería peor, como una colección de horribles colecciones. El tío Roger introdujo la llave, Carol puso atención en los dedos velludos de su tío sujetando con firmeza la llave, escuchó el movimiento, el tintineo de las otras llaves en el llavero, quejándose al unísono, mientras su compañera en la cerradura giraba una vez, dos veces, tres veces. Luego vino un ligero forcejeo, las llaves en el llavero protestaron, después un empujón de una mano contra la puerta y las bisagras emitiendo un pequeño rechinado. Adentro olía a polvo, Carol echó un vistazo rápido, en contra de lo que esperaba ya no había cosas regadas por el suelo, ni pilas de objetos en todos los muebles, se podía apreciar el lugar donde había una sala, un comedor con una vitrina vieja y la cocina al fondo, pero también había contenedores de plástico apilados en los muros y muchas cajas de zapatos puestas una sobre otra. Carol se atrevió a preguntar qué había en las cajas, su tío contestó lacónico, “cosas de tu tía, está aprendiendo a ser más organizada”. Carol ya no preguntó nada más. La tía Charlotte los recibió, ella era gorda, con una papada que enmarcaba su cara, el cabello oscuro corto y brazos muy blancos que temblaban. Ella saludó efusiva a Carol y la pequeña se sintió incómoda, la tía Charlotte pareció no notar lo, pues no hacía más que sujetar su cara entre sus manos y repetir, “pobrecita niña, no te preocupes, linda, aquí vas a estar muy bien”. Su tío le indicó que la llevaría a su cuarto, ella asintió. Los tres subieron la escalera, Carol contemplo pelusas de polvo y cabello resguardadas en las esquinas de cada escalón alfombrado. Contra los muros en el descanso había más cajas de zapatos, lo mismo contra los muros del pasillo que llevaba a los cuartos. Entraron a una habitación, ahí había puesta una cama y un buró con una lámpara rosa que tenía en la pantalla dibujos de Bella, la Cenicienta y Blancanieves. Ahí al menos no había cajas ni contenedores, pero igual la alfombra olía a polvo. El cuarto era muy pequeño, apenas tenía lo básico para ella, a Carol se le antojó estrecho, tanto que le dio tristeza ya no estar en un lugar lo suficientemente amplio como para colocar dos camas iguales. De nuevo deslizó los dedos sobre el bolsillo del abrigo en el que estaba la foto de su familia.

Carol no tardó en extrañar su vieja rutina, las luces de Nueva York, el ajeteo enfurecido de la urbe, central Park, el departamento en el que vivía con su familia; hasta echó de menos a su vieja escuela. A veces pensaba mucho en las noches en que ella y Donna abrían la cortina del cuarto, miraban hacia fuera las luces de la ciudad y jugaban a que miles de hadas se posaban en todas partes para hacer brillar a la urbe con su luz. Ese juego era lo que más extrañaba, en cambio en Syracuse no tenía una vista desde lo alto como la que tenía en Manhattan, ni había hadas ni mucho menos una compañera con quien jugar. Su prima Amber no era la niña que Carol recordaba, ahora era una chica de séptimo grado, cabello rubio y mirada hostil. Le encantaba arreglarse el pelo y mirarse en el espejo. No quería jugar con Carol, “Ya tengo trece”, refunfuñó, “yo ya no juego con muñecas, tengo cosas más importantes en que pensar”. Amber tenía muchos esmaltes de colores. “Si quieres un día te puedo pintar las uñas, pero no creo que te dejen mis papás”. Tenía los oídos perforados con aretes, ella le dijo a Carol que se los había hecho una tarde en el centro comercial, en compañía de sus amigas del colegio. “¿Tienes muchas amigas?”,

preguntó Carol interesada, “sí, pero nunca las puedo traer a la casa” se quejó Amber con un tono arrogante, al tiempo en que se ponía otra capa de esmalte translucido con brillitos plateados en las uñas de la mano izquierda, “mi mamá tiene un basurero aquí, está loca, ya ves que es acumuladora compulsiva; eso dijo su terapeuta. Antes era peor, casi ni se podía caminar por la casa, yo mejor me la pasaba aquí arriba encerrada en mi cuarto. Ahora al menos ya ha tirado a la basura muchas cosas y otras las tiene en cajas, pero igual me da vergüenza traer a mis amigas a la casa”, suspiró y siguió hablando ya sin hacer contacto visual con Carol, como si no le interesara seguir hablando con ella, “lo bueno es que en cinco años más me iré a la universidad”.

De todas las cosas que rodeaban a la pequeña, lo que menos le gustaba eran las cajas, ¿qué había en ellas? El color mugriento que tenían y aquel olor a polvo eran lo único que la detenía de acercarse a abrir alguna. Un día se armó de valor y se acercó a una de las pilas de cajas, tomó una que era de un color diferente, ya iba a levantar la tapa cuando la tía Charlotte le agarró la mano y, “no, no, no, linda, esas son mis cosas, no toques nada”. Carol tuvo ganas de llorar, ¿por qué si la tía Charlotte por lo general era tan buena, se veía molesta si alguien tocaba sus cajas? Tal vez tenía razón Amber, su madre estaba loca, quizá hasta podía llegar a lastimarla, eso Carol no lo sabía.

El tío Roger resultó ser mucho más distante de lo que parecía en un principio. Siempre callado. A veces salía por una cerveza, eso parecía gustarle mucho, y aun así su andar taciturno era el mismo al irse y al regresar. Solo parecía reaccionar cuando la tía Charlotte llegaba con una bolsa llena de toda clase de chácharas, “es que, mira esto, todavía sirve, solo hay que coserlo, pegarlo, limpiarlo..., es que es tan bonito”, y el tío Roger que no se detenía en quejarse, “ya vamos otra vez a lo mismo, en serio que te lo advierto, yo no puedo vivir así, me rehúso a volver a tener la casa como estaba antes”, entonces las cejas de la tía Charlotte se arqueaban, y no parecía amable, más bien loca, “estás exagerando, yo lo único que quiero es ayudar a que no se desperdicien estas cosas, es que tú... ¡Carol! ¿Qué haces ahí escuchando? Vete a jugar con tu prima”. Carol mejor optaba por salirse al jardín para estar sola.

En el jardín trasero había unos columpios. Carol pasaba horas sentada en uno de ellos, arrastrando los pies contra el suelo, imaginando que su sombra era la de la otra niña de aspecto igual al suyo, con la que solía compartir. ¿Por qué mamá se había ido al cielo? ¿Y por qué se había llevado a Donna con ella? ¿Por qué papá la había mandado lejos? ¿Es que ya no la quería, o era culpa suya, por haberlo molestado mientras se sentaba a la mesa solo, con la botella frente a sí? ¿O quizá la pequeña y papá habían hecho algo para molestar a la mujer negra que habló con él? Una y otra vez se hizo todas esas preguntas sin tener la certeza de cuál era la respuesta correcta. Ahora estaba ahí, atrapada en aquella casa cenicienta, entre cajas con quién sabe qué tantas cosas extrañas, con una prima que no dudaría en jalarle el cabello si la molestaba, un tío reservado y lo peor, una tía trastornada. Una y otra vez escuchaba la voz de Amber, “mi mamá está loca”, “nunca traigo aquí a nadie”, ¿y si la tía Charlotte era peligrosa y por eso Amber no llevaba a nadie a la casa, para no exponerlos al peligro? Quizá el peligro estaba en las cajas, por eso es que permanecían cerradas y la tía no dejaba que las abriera ni las tocara. No tardó en convencerse de que había algo mal en esas cajas.

Fue un par de semanas después de su llegada. Ese día Carol estaba dentro de la casa, afuera llovía. La mohína atmósfera omnipresente sobre la ciudad hacía más oscura la casa. Tenía miedo, estaba en el comedor cuando escuchó un tintineo, no era el ruido de las llaves, era algo diferente, venía de las cajas. Se acercó hacia una pila, volvió a escuchar un ruido, algo se movía ahí. Ella se apartó sobresaltada, miró a su alrededor, sus ojos dieron con la vitrina, se sorprendió en descubrir

que ahí no había tanto polvo, pero sobre todo, que no estaba desordenada, estaba llena de copas de vidrio muy bien perfiladas. La vitrina tenía un fondo de espejo, ahí Carol vio su reflejo, se detuvo un momento para verse a sí misma, había algo diferente, no era ella, era Donna, ahí, en ese mundo de cristal, “mi hermana está en la vitrina”, se dijo y sonrió. De nuevo escuchó el ruidito, era un tintineo, como una campanita, solo unos instantes y luego nada, silencio otra vez. Carol se miró de nuevo en el reflejo, entonces en su cabeza le pareció escuchar a Donna, “hay un hada atrapada”. Sí, era eso, un hada luchando por salir, pero la pregunta era, ¿en cuál de todas las cajas?

En los siguientes días, Carol se ocupó en acercarse con cautela a las cajas del comedor para escuchar con atención, el hada no siempre hacía ruido, a veces era solo un rumor de algo que se movía, otras veces escuchaba la campanita, pero no estaba segura de dónde provenía. Las cajas eran tantas que no se atrevía a decir si era una u otra. Parecía como si no estuviera en una sola caja. Carol la imaginaba perdida en túneles subterráneos que conectaban unas cajas con otras, después de todo las pilas eran grandes. Dedujo que el hada iba volando camino a Nueva York cuando cayó presa del viento, la tía Charlotte la había visto y la había guardado en aquel mar de objetos. Un día se aventuró a abrir un poquito de una caja que estaba hasta arriba de una pila de corta altura, lo suficiente para alcanzarla sin pararse de puntillas. Temerosa levantó una esquina, dejó que la luz se colara, miró adentro, estaba lleno de collares hechos con semillas, varios sin terminar. Ahí también había papeles y algunas piedras de colores. Unos pasos le advirtieron que debía volver a ponerla en su lugar, así lo hizo y se alejó antes de ser sorprendida por su tío.

La búsqueda del hada se extendió varios días, siempre igual, valiéndose del oído y con la intención de no sacar ninguna caja. Había visto aquella con esos feos collares y los papeles, una caja inofensiva, pero nada aseguraba que la próxima vez que se aventurara a abrir otra corriera con la misma suerte. Cuando se sentía temerosa, se paraba frente a la vitrina y le hablaba como si le hablara a Donna. Todo era parte de su juego, uno en el que no se sentía tan sola. Era casi como antes, cuando en las noches ella y Donna insistían en que entre las tantas luces de la ciudad había hadas. Recordó una noche en que ella le preguntó a mamá si de verdad existían las hadas y mamá le dijo, “si tú crees en ellas, entonces existen”. Carol creía, ese ruido tenía que ser un hada. Ahora tenía un propósito, rescatar al hada para que se fuera volando con las demás a Nueva York.

El tiempo pasó, la estación cambió el paisaje, la niña seguía con la misma intensidad. Esa mañana Amber había estado más quejosa y desagradable que de costumbre, él tío había reñido con la tía porque había llegado con unos suéteres viejos que ella aseguraba que podía remendar, lo que lo tenía de muy mal humor, razón por la que había ignorado a Carol todo el día. La tía se entretuvo en poner los suéteres en un contenedor de plástico. En la tarde Carol se puso a dibujar a un grupo de hadas en su cuaderno, las imaginaba escondiéndose para pasar la noche entre los árboles de Central Park. Así estaba distraída cuando sonó el teléfono. Escuchó a la tía Charlotte contestar, intercambiar un par de frases afectivas, luego que gritaba, “Carol, es tu papá”. Carol se levantó corriendo, tomó la bocina del teléfono y escuchó, con más atención que la que ponía en la búsqueda del hada y, al mismo tiempo, con más temor que si tuviera la certeza de que dentro de alguna caja había una alimaña lista para morderle el oído. Papá saludó, ella contestó, papá hacía preguntas, parecía distraído, como si algo lo tuviera molesto, o tal vez nervioso, o triste; Carol respondió con frases cortas, no quería hablar al principio; papá sonó un poco más melancólico, le dijo que la extrañaba, que la quería; Carol tuvo en la garganta una sensación molesta, como si todas las palabras que se había callado en los meses pasados de repente se acumularan en su cuello y pidieran salir en tropel. “¿Cuándo vienes por mí, papá?”, se aventuró a preguntar con la

voz tan temblorosa como las lágrimas de sus ojos, “yo... la verdad es que...”, silencio, por un momento creyó que papá estaba muy afligido, “escucha, Carol, quiero que te sigas portando bien con tus tíos, trata de llevarte bien con tu prima y se buena”, “sí, papá”, no estaba segura de si lo gritaba o lo decía en voz normal, “me portaré bien, pero ¿cuándo me llevas a casa contigo?”. Papá suspiró desde el otro lado del teléfono, Carol no podía soportar el silencio, solo quería una respuesta, papá titubeó y dijo, “no lo sé. Te quiero mucho. Cuídate, okay” y colgó. La presión de las palabras que habían vuelto se volvió dolorosa, le punzaba el cuello. Sin más corrió al comedor, se miró en el reflejo, entonces escuchó con claridad una campanilla, era el hada, estaba ahí, en una caja frente a ella, debajo de otras tantas más, atrapada. Carol sujetó la tapa y tiró con fuerza, la caja salió y al hacerlo todas las que estaban arriba cayeron en cascada. “¿Qué estás haciendo?!” gritó la tía Charlotte, la niña exclamó presa de la desesperación, “¿Está atrapada, está atrapada! Tengo que sacarla para que se pueda ir a Nueva York, ¡para que pueda volver a casa!”. Comenzó a levantar las tapas de las cajas, una tras otra, frenética, sintiendo que lloraba por las manos apresuradas más que por los ojos. “Basta, niña, te digo que no toques mis cosas”, gemía la tía Charlotte, “¿Qué está pasando aquí?”, intervino el tío Roger. Una de las tapas que quitó Carol reveló un sonajero muy viejo con pequeños cascabeles y también un ratón. Carol se echó para atrás, no tanto por el ratón, sino por el sonajero, la tía Charlotte gritó y el tío Roger se dio a la tarea de matar al roedor. Carol contempló la escena pasmada, tras guardar silencio un momento solo alcanzó a murmurar “no hay hadas”. Le hubiera gustado llamar a mamá, abrazarse a Donna, preguntar a papá cómo se atrapa un ratón. En vez de eso solo se volvió a quedar callada, con la certeza de que las hadas no existen, consciente de que la vida nunca más volvería a ser tan mágica como lo había sido antes, sintiéndose atrapada en aquella casa, sin esperanza de que papá volviera pronto por ella.